

# “EL INQUILINO DE HATO REY”



En Puerto Rico, el inquilino de una sencilla casilla de Hato Rey, era en 1953, el matrimonio Juan Ramón Jiménez-Zenobia Camprubí.

Fué un año claro, diáfano como Moguer, este de 1953, para la mente de Juan Ramón.

Tengo entre mis manos un extraño libro, por su sinceridad y valentía, que habla de Juan Ramón. Mejor dicho, transcribe conversaciones con Juan Ramón.

Naturalmente, el libro habla de poesía. De los problemas, de las tendencias de poesía actual, de los poetas...

Juan Ramón, la *Gran Voz de la Cátedra*, emite juicios que la mayoría de los españoles no conocen, y, lo que es peor, la minoría de los poetas ignoran.

El libro va acotado por su ilustre propietario, en los juicios que son esencia del pensamiento juanramoniano. No emito criterio sobre si ese pensamiento es coincidente, ni diré cuáles son las acotaciones, ya que personalmente haré otras complementarias, sólo espero en forma breve —y de esta manera catalogadas—, dar conocimiento de cuál fué la *expresión* de Juan Ramón en lo concerniente a poesía. Naturalmente, poesía española contemporánea.

\* \* \*

Es importante puntualizar, en principio, lo que para Juan Ramón es un buen poeta.

«Para el poeta lo importante es conseguir el poema o la media docena de poemas que lo salvan. A final de cuentas, con *Ojos claros, serenos...*, basta».

«Eso es la genialidad: el don de crear versos que no se olvidan. Yo cierro el libro de algún buen poeta actual, y no recuerdo ninguno de sus versos. Esta es una época de calidad y la calidad lleva al virtuosismo. Y yo, según voy haciéndome más viejo, siento mayor deseo de quitar al poema, a mis cosas, todo el virtuosismo. Cada muchacho toca ahora el violín como Sarasate. Generación en la que hay cien buenos poetas, pero no un Bécquer...»

Al considerar este primor, en casi la totalidad, Juan Ramón fulmina:

«En la poesía de los más jóvenes encuentro cierta monotonía, es grande el parecido entre unos y otros poetas, entre unos y otros poemas. Al final no entiendo lo que he leído y no recuerdo ninguno de sus versos...»

Estas palabras de la *Gran Voz de la Cátedra*, comprendo que caigan sobre algún acólito social-modernista, los que tiene a Juan Ramón como oráculo, como un jarro de agua fría, y para terminar de helarlos, voy a transcribir las palabras de Juan Ramón sobre algunos de los mal llamados y *despreciables* románticos.

«Tassara tiene fina calidad, el suyo es un romanticismo equilibrado. Igual ocurre con Rivas en el soberbio poema «Al faro de Malta».

«Zorrilla consiguió romances que recuerdan los de Lope de Vega. Así ese donde dice refiriéndose a Toledo:

*ciudad de grana  
coronada de cristales.*

«Es curioso seguir la línea del romancero popular a través de Lope, Castillejo, Espronceda, Unamuno...»

Para Juan Ramón, en suma, como para cualquier sensibilidad clara, lo que cualifica a la creación artística no es a veces la perfección, menos aún la perfec-

ción-masa y generacional, sino el *resto*, el *poso*, lo que queda y lo que se recuerda. Por otra parte, Juan Ramón modernista, en sus aforismos, llega a expresar: «Actual, es decir, clásico; es decir, eterno». El romanticismo marca en su época una natural actualidad, e hizo posible que hoy perdurase, que hoy quede todo lo digno de recordarse.

¿De nuestros tiempo, qué es lo que recuerda Juan Ramón?

¿A quién rememora en un poema actual, en una poesía contemporánea? ¿Qué opinaba el padre de la poesía española del siglo XX de sus polluelos?

«En España, para los jóvenes, es difícil continuar la línea española. Hay quizá carencia de alimentos propios y excesiva abundancia de lo de fuera. Todos hacen una especie de equilibrio, o mejor dicho, de juego de fuerza, como si pretendieran demostrar que son quienes aguantan más tiempo empujando».

«La fuerza, creo yo, no es una demostración, sino una reserva. Carmen Conde y Aleixandre, me producen la impresión de estar siempre pensando en ver quién hace más fuerza».

«Entre los algo mayores, Ceiaya y Vivanco están bien, pero sus poemas parecen hechos con receta, buscando caminos que creen obligados».

«Los poemas de Julio Maruri me gustan mucho».

Preguntado sobre lo que pensaba de la poesía de Lorca, contestó:

«Entre Lorca y Alberti, hay una diferencia. Lorca es un poeta natural; Alberti es más técnico; Lorca no siente tan profundamente como Gil Vicente, pero cierto es que en este hay logros que hacen pensar en el milagro».

Juan Ramón, con quienes tuvo verdadera relación española, fué con las publicaciones poéticas, o de marcado carácter intelectual o cultural. Le preocupaba enormemente el estar vinculado a ellos. No aguardaba que las generaciones jóvenes le olvidasen y, lo que es peor, le desconociesen. Continuamente tenía para ellos palabras de halago. Para «Caracola», de Málaga; para «Poesía Española»; para «Insula»; para «Índice».

Empero, Juan Ramón se disgustó cuando vió anunciado en «Índice», de Madrid, la publicación de una crónica de Jorge Guillén, documentando la ruptura de relaciones, entre ellos, en 1933.

«El director de «Índice» lo que quiere es escándalo. Su jugada está clara. Yo imagino lo que Guillén va a publicar y, por eso, anticipándome, escribí una carta al director de la revista para que la inserte en el mismo número en que aparezcan las de Guillén».

Sobre este lamentable caso, remito a los lectores, a los números de «Índice», en que se publicó la polémica.

Tampoco con Ramón Gómez de la Serna le unía buena amistad, y respecto a «Insula», dejó de enviarles colaboración cuando vió que un poema suyo, por error de imprenta y composición, apareció sin una estrofa.

Juan Ramón era enormemente contradictorio. Hemos visto cómo rebaja a Lorca, al decir que éste no sentía tan profundamente como Gil Vicente. Más tarde, declara: «Algunas obras de Gil Vicente parecen abortos sesprianos».

A Guillén, sin embargo, no le regatea el aparente elogio: «Es un poeta de talento. Sus poemas tienen mucho talento».

Pues bien, para Juan Ramón, *talento*, a veces, significa esto: «B. Shaw tiene truco. Como Pirandello mismo y como entre

## “POETA CUYOS VERSOS SE RECUERDAN”

La prematura muerte de Agustín de Foxá, hizo que ilustres comentaristas definiesen, en las páginas de la *Prensa*, la personalidad del buen amigo fallecido. Marañón, por tan triste circunstancia, emite su pensamiento. Nuestra sorpresa no es grande, sino la satisfacción natural, si comprobamos que en su criterio para calificar a un poeta, de buen poeta, es necesario «que los versos se recuerden instintivamente, aunque ya nadie sepa quién los ha escrito».

Definición que interpolamos por coincidente entre la misma de este trabajo, y que fueron: J. Ramón al emitirla, X. X. al acortarla, y de completo acuerdo, F. al seleccionarla.